

Vida en un cuadro

La estela de *Luz silenciosa*

La cinta de Carlos Reygadas sigue dando de qué hablar. Vale la pena contemplarla como una obra de arte, como una pintura de gran formato. Lo demás es harina de otro costal. **TEXTO: RAFAEL LEMUS**

¿Qué decir? ¿Qué decir de *Luz silenciosa* (*Stellet licht*), el tercer largometraje de Carlos Reygadas, a cuatro meses de su estreno en México? Acaso esto.

Una familia menonita, toda blancura y rigidez, desayuna silenciosamente sentada a una mesa. Cuando los hijos y la madre se marchan, el padre permanece en la habitación y rompe inesperadamente en llanto. Pronto descubrimos que el matrimonio es precario, que el hombre sostiene una relación adúltera, que las cosas no permanecerán de mismo modo por mucho tiempo.

Sorprende que un cineasta tan arriesgado como Carlos Reygadas (Ciudad de México, 1971) haya optado por una trama tan tópica. Sorprende, incluso, que haya una trama. Es extraño: un cerrado pueblo menonita de Chihuahua abre sus puertas a Reygadas y Reygadas, en vez de registrar su microcosmos, decide narrar un anodino triángulo amoroso. En lugar de filmar las vidas y los gestos de aquellos hombres y mujeres, tiene una idea: que actúen. Y desde luego actúan malamente. Y desde luego la trama —así ocurra entre los menonitas— no se levanta un centímetro del suelo. ¿Una anécdota sublime? Acaso sólo al final, cuando Reygadas imita al Carl Theodor Dreyer de *Ordet* (*La palabra*) y el espíritu vence a la materia. ¿Una historia sugerente? Más bien lo contrario: algo

elemental y masticado. El defecto más grave, sin embargo, no es dramático sino moral: una flagrante contradicción ética. Por un lado, Reygadas es humilde: se sabe un invitado y, en consecuencia, no critica ni pretende interpretar el mundo menonita. (En *Japón* y *Batalla en el cielo* intenta, lastimosamente, lo contrario: escudriñar, a través de una narración simbólica, el “alma mexicana”). Por el otro, es arrogante: ordena, dirige a los habitantes, acomoda su realidad en una trama común y preconcebida.

¿Por qué no, mejor, una serie de estampas? ¿Por qué no una cinta episódica, apenas sujeta a un guión, capaz de armarse en la marcha, al ritmo del pueblo? ¿Por qué no una película con más secuencias como aquella, espléndida, en la que una familia se baña, plácidamente, en un estanque?

Pero estéticamente. Pero estéticamente no hay sino hallazgos. No unos pocos y triviales: muchos y hondos. Esa primera imagen, por ejemplo: un amanecer lento y promisorio, magistralmente fotografiado por Alexis Zabe. Ese último cuadro, desde luego: un atardecer lento y definitivo. Entre una imagen y otra, una película toda luz: no iluminada por repentinas llamaradas sino permanentemente encendida.

Carlos Reygadas en una entrevista con Fernanda Solórzano: “No le temíamos al preciosismo porque así era la materia. El entorno era tan hermoso —las casas por dentro y la naturaleza por fuera— que sólo había que filmarlo de una forma correcta. Creo que una de las cosas más poderosas del cine es el encuadre. Más que la luz, incluso. Aquí encuentras frontalidad o lateralidad y simetría, porque así construyen los menonitas. Decidimos no usar luz artificial. Usamos los focos de las casas, pero no hay iluminación de cine. Así que si parece que estás viendo un cuadro de Vermeer es porque si filmas un lugar con esa gente, esas casas y esa luz, necesariamente se va a parecer a un cuadro de Vermeer.”

Se sabe: cámara fija, planos morosos, estética minimalista. Se conoce: las tomas, tan premeditadas y rotundas, se cierran sobre sí mismas y fluyen con poca eficacia. Así está bien: *Luz silenciosa* no es una película eficiente pero es algo más grande: una pieza de arte. Como una pintura de gran formato, no exige ser vista sino contemplada. Hay tiempo para hacerlo:



1

las imágenes se posan durante minutos en la pantalla (hay que verla en una sala de cine) y uno, el espectador, enriquece o no el cuadro con su mirada. Ese es el asunto: hay quienes descubren maravillas mientras contemplan una noche densamente estrellada y hay quienes sólo se aburren.

¿Para qué ensañarse con los defectos dramáticos de *Luz silenciosa* cuando algunas de sus imágenes sugieren bastante más que tantas historias correctamente narradas?

Uno se cansa de celebrar recurrentemente la eficacia. Eficaces los artesanos, los productores, Alfonso Cuarón y compañía. Aplaudamos el genio y hay genio, es claro, en *Luz silenciosa*. Cosa curiosa: la gracia decidió alojarse esta ocasión en la obra de un cineasta imperfecto y pedante, autor de otras dos películas, por lo menos, malogradas.

Entonces: ¿*Luz silenciosa* sí o *Luz silenciosa* no? *Luz silenciosa* sí, tajantemente.

2



1. Carlos Reygadas .
2. *Luz silenciosa*.

FOTOS: AFP